

Recensión:

Del Río García, E. (2015). *La reforma dizque heducativa*. México: Grijalbo. 120 páginas. ISBN: 978-607-312-909-1

Germán Iván Martínez Gómez *

Escuela Normal de Tenancingo

Inteligente, irónico, carismático para muchos e incómodo y ácido para otros, así es Eduardo del Río, mejor conocido como Rius; infatigable maestro (sin escuela) y sensible traductor de la realidad, quien advierte en “La reforma dizque heducativa”, su libro más reciente, que dicha reforma, impulsada en México por la actual administración “se hizo desde un escritorio sin pedir la opinión de los maestros” (p. 12) y tuvo, como finalidad, “imponer una disciplina laboral entre el magisterio para controlarlo políticamente” (p. 13). Una reforma “flacucha”, afirma; más administrativa que educativa, pues los alumnos no están aprendiendo, los recursos no se gastan eficientemente y las escuelas siguen siendo instituciones anquilosadas y obsoletas.

En consecuencia, “nuestro país ocupa los lugares más bajos en alfabetización, en asistencia, comprensión lectora, en continuidad, en gasto por niño, pero somos de los primeros lugares en alumnos rechazados de las Universidades, en deserción escolar, en porcentaje de reprobados” (p. 59). Por esto, sugiere Rius, la escuela mexicana está en ruinas: es como antes, enseña lo de antes y lo hace, además, como se hacía hace siglos. En ella se imparten “materias absurdas, inútiles y sin sentido” (p. 64). Los niños no aprovechan el tiempo, lo pierden; no aprenden a cuestionar sino a obedecer; no a dudar e interrogar sino a memorizar y repetir. Además, la “escuela está encerrada en sí misma” (p. 65); no fomenta la libertad del niño ni la autoconfianza; no alienta el diálogo, la inteligencia ni la creatividad. Tampoco favorece la comprensión ni educa “contra la guerra, el racismo, la violencia, la cacería, la pesca ‘deportiva’, la violencia en los deportes, las corridas de toros, los mitos religiosos” (p. 66).

Por tanto, requerimos una educación diferente; que recupere los intereses de los estudiantes y los ayude “a pensar críticamente, con agudeza, claridad y precisión” (p. 66). Que acerque “al niño y al joven a la naturaleza y al cuidado del ambiente” (p. 66) y contribuya a que éstos adquirieran conocimientos, habilidades, actitudes y valores indispensables para la vida. Sin embargo, una educación así requiere un maestro distinto y no uno que, “igual que el cura desde el púlpito se hace oír, pero nunca oye a los que están abajo” (p. 75). En efecto, piensa Rius, “hay que educar primero a los

*Contacto: german_img@yahoo.com.mx

maestros” (p. 77) y “revisar a fondo la formación que se les da desde las Escuelas Normales” (p. 80).

Bajo su óptica, una buena reforma ha de promover en los estudiantes el aprendizaje y la creatividad; superar el divorcio entre el mundo de la escuela y la vida real, y luchar porque las instituciones educativas sean “un contrapeso a los efectos negativos que se dan en estos tiempos en los hogares (violencia, pobreza, abandono, desempleo, delincuencia)” (p. 80). Deberá, además, educar contra prejuicios, fanatismos y programas televisivos “insulsos y banales” (p. 48), que han “convertido al pueblo de México en una masa anónima de consumidores ignorantes y enajenados” (p. 47).

Rius da cuenta, en este libro, que la pobrísima educación mexicana está vinculada a una serie de factores interdependientes: escasa preparación de los docentes, corrupción del gremio magisterial, desconocimiento de las autoridades sobre temas educativos, miopía de legisladores que suponen que la educación mejorará sólo por decreto constitucional, existencia de sindicatos coludidos con los poderes fácticos, papel enajenante de la televisión mexicana, intromisión de las empresas en asuntos educativos, descompromiso familiar, analfabetismo, deserción escolar, reprobación, repetición, rezago... Estos son sólo algunos aspectos que dan cuenta de la debacle.

En “La reforma dizque educativa” el lector podrá advertir porqué las ideas de “El fracaso de la educación en México”, otro libro del autor publicado en 1987, y las razones por las que Rius lamenta que la educación mexicana siga al servicio de los poderosos, las escuelas sean fábricas de conformistas, las televisoras no eduquen a la gente ni eleven su nivel cultural, y los maestros sean vistos como simples “burócratas de escalafón” y “empleados del Estado” (p. 14). También hallará argumentos para luchar por una escuela libre, activa, democrática y creativa; “donde se aprenda a sentir, no a saber y recordar datos inútiles” (p. 72); una escuela que libere al alumno de “tareas imbéciles” (p. 60), parta de sus necesidades e intereses y lo enseñe a *desaprender* y ganarse la vida.